



para el ciclo
Las fuerzas que cambian la historia. Los buscadores.
Lecturas teatrales y diálogos para la ciudad contemporánea

Friedrich Nietzsche
“Yo primero he descubierto la verdad”

interpretado por
Franco Branciaroli

en diálogo con

Costantino Esposito, Ordinario de Historia de la filosofía,
Universidad de los Estudios de Bari *Aldo Moro*

Giorgio Pressburger, Escritor, dramaturgo y director

Teatro Dal Verme, Milán
Lunes el 12 de diciembre de 2011


© CENTRO CULTURALE DI MILANO
Carrera Zebedia, 2 20123 Milano
tel. 0286455162-68 fax 0286455169
www.cmc.milano

CAMILLO FORNASIERI. Buenas tardes. Iniciamos esta tarde un ciclo de lecturas teatrales y diálogos para la ciudad contemporánea. Con el título “Las fuerzas que mueven la historia. Los buscadores” hemos querido identificar, cierto con una elección original y también personal aquellos puntos que nos preceden y que según nosotros han determinado nuestra mentalidad, nuestros deseos y, de algún modo, sugerido descubrimientos que conciernen a nuestra experiencia. Este ciclo está bajo el signo del redescubrimiento de la cultura como el aparecer de la experiencia humana que se vive. Alguien, algún genio, alguna figura intensa ha anticipado y vivido con profundidad aquella unidad que todos buscamos en nuestro vivir, la experiencia personal y el tiempo, la historia, el mundo que nos rodea. He aquí que el título tan imponente de las fuerzas que mueven la historia de algún modo vuelve a aquel tema del deseo del corazón que cada uno de nosotros vive y que en cada civilización, aunque ha asumido formas y colores diferentes, queda de algún modo inmutable e identificable en una experiencia elemental. He aquí pues los buscadores: serán tres las figuras que proponemos este año, en un tiempo también bastante largo - y esperamos que los encuentros, también los sucesivos, sean seguidos por todos ustedes. Esta noche iniciamos con la primera quizás, en orden cronológico, de tres grandes figuras: la de Nietzsche, Dostoievski y Peguy, que se refieren al final del Ochocientos y a los albores del Novecientos. Para cada uno de ellos hemos elegido un lema, una frase que trata de sintetizar su investigación: la de esta tarde es “Yo primero he descubierto la verdad”. Con nosotros hay grandes actores y personajes del mundo de la cultura, también del trabajo, no expertos sino personas que han encontrado el tema y los pensamientos expresados por estos autores y desde ya les presento a todos ustedes a quien nos introducirá a escuchar: Franco Branciaroli.

FRANCO BRANCIAROLI.

LA CONDICIÓN HUMANA

Una vez más, antes que me vaya
con la mirada hacia adelante
yo elevo solitario a ti las manos,
pidiéndote refugio,
a ti a quien alzo en lo profundo del corazón
grandes altares solemnes
para que tu voz siempre me llame,
allá arriba resplandece profundamente la palabra grabada:
al Dios desconocido.

Y yo soy suyo, aunque me he quedado
hasta esta hora entre las filas impías;
yo soy suyo, y siento las cadenas

que me quieren llevar a la batalla,
de modo que, si huyo, me obligan a servirlo.

Te quiero conocer, o Desconocido,
que aferras mi alma,
que mi vida turbas como una tempestad,
o Inaprensible, sin embargo unido a mí,
quiero conocerte y servirte.

1864 (en Escritos juveniles).

La cuestión primordial no es para nada saber si estamos contentos con nosotros mismos, sino si, por principio, estamos contentos con cualquier cosa. Suponiendo que nosotros decimos sí a un sólo instante, instantáneamente, hemos dicho sí no sólo a nosotros mismos, sino a la existencia entera. Porque nada es separado de nada, ni en nosotros mismos, ni en las cosas; pues si nuestra alma, en un instante, ha, como una cuerda, vibrado y resonado de la alegría de vivir, entonces todas las eternidades eran necesarias para que este único acontecimiento tuviera lugar. Y toda la eternidad era, en este solo instante de nuestro sí, permitida, salvada, justificada, afirmada. (Fragmentos póstumos).

En este sentido el hombre dionisiaco se parece a Hamlet: ambos han dado una vez una mirada verdadera a la esencia de las cosas, han conocido, y prueban náuseas frente al actuar; ya que su acción no puede cambiar nada en la esencia eterna de las cosas, y ellos sienten como ridículo o infame que se pretenda de ellos que pongan en equilibrio el mundo fuera del eje. El conocimiento mata la acción, para actuar hace falta estar envueltos por la ilusión - ésta es la doctrina de Hamlet, no ya la sabiduría barata de Hans el soñador, que no se decide a actuar por demasiada reflexión, casi por superabundancia de posibilidades. No es la reflexión, cierto - es el verdadero conocimiento, es la visión de la verdad horrorosa, que prepondera sobre cada motivo estimulante a la acción, tanto para Hamlet cuanto para el hombre dionisiaco. (Nacimiento de la tragedia).

LA ILUSIÓN DE PODER ESCUDRIÑAR...

La ciencia, estimulada por su robusta ilusión, corre sin parar hasta sus límites, donde el optimismo, innato en la esencia de la lógica, naufraga. En efecto la circunferencia que cierra el círculo de la

ciencia tiene infinitos puntos, mientras no se puede prever todavía cómo será posible medir completamente el círculo; el hombre noble y dotado llega a tocar inevitablemente, aún antes de llegar a la mitad de su existencia, tales puntos de confín de la circunferencia, donde mira fijamente lo inexplicable. Cuando él ve aquí con terror cómo la lógica en estos límites gira entorno a sí misma y se muerde al final la cola - he aquí que irrumpe la nueva forma de conocimiento, el conocimiento trágico, el cual, para poder ser soportado, tiene necesidad del arte como protección y remedio. (Nacimiento de la tragedia).

Mientras la desdicha adormecida en el regazo de la cultura teórica gradualmente empieza a angustiar al hombre moderno y él, inquieto, trata de aferrar del tesoro de sus experiencias los medios para evitar el peligro, sin creer de veras él mismo en estos medios; mientras entonces empieza a tener el presentimiento de sus propias consecuencias, he aquí que grandes naturalezas, con dotes universales, han sabido utilizar con increíble prudencia el aparato de la misma ciencia, para mostrar en general los límites de la naturaleza condicionada del conocimiento y para negar decisivamente en tal modo la pretensión de la ciencia a una validez universal y a fines universales: a través de esta demostración ha sido reconocida por primera vez como tal aquella ilusión que se jacta de poder escudriñar, sobre la base de la causalidad, la íntima esencia de las cosas. (Nacimiento de la tragedia).

Ésta es la manera en que las religiones suelen extinguirse: cuando es decir, bajo los ojos severos y racionales de un dogmatismo ortodoxo, los presupuestos míticos de una religión son sistematizados como una suma conclusa de acontecimientos históricos y se empieza a defender afanosamente la credibilidad de los mitos, oponiéndose pero a cada vida ulterior suya y desarrollo naturales; cuando es decir el sentimiento del mito se extingue y en su lugar entra la pretensión de la religión al fundamento histórico. (Nacimiento de la tragedia).

NO QUERER COMPLETAMENTE NADA MÁS, LA ROTURA DE LA MODERNIDAD

La señal característica de (esta) rotura, de la que todos suelen hablar como del primer mal de la cultura moderna, está en esto, que el hombre teórico se asusta de las consecuencias por él producidas e, insatisfecho, ya no osa encomendarse al terrible río helado de la existencia: angustiosamente él corre de arriba a abajo a lo largo de la ribera. Ya no quiere tener completamente nada, aun completamente con toda la natural crueldad de las cosas. La concepción optimista lo ha

ablandado hasta este punto. Además él oye cómo una cultura, que sea construida sobre el principio de la ciencia, tenga que perecer cuando empieza a ponerse ilógica, vale decir a rehuir de las propias consecuencias. Nuestro arte revela esta angustia general: es vano apoyarse como imitadores en todas las grandes épocas y naturalezas productivas, que hacen reunir entorno al hombre moderno, para su consuelo, toda la literatura universal y ponerla de por medio a los estilos y a los artistas de todos los tiempos, para que, como Adán a los animales, les dé un nombre; él queda el eterno hambriento, el crítico sin placer y sin fuerza,... y en el fondo un bibliotecario y un imitador, que se eniece miseramente en el polvo de los libros y en las erratas de imprenta. (Nacimiento de la tragedia).

Se imagina una cultura que no tenga ninguna sede originaria fija y sagrada, pero que sea condenada a agotar todas las posibilidades y a nutrirse afanosamente de todas las culturas - he aquí el presente como resultado de este socratismo dispuesto a la destrucción del mito. Y ahora el hombre sin mitos está, eternamente hambriento, entre todos los pasados, y cavando y hurgando busca raíces, a costo de cavar por eso por las antigüedades más remotas. ¿Qué señala la enorme necesidad histórica de la cultura moderna insatisfecha, el hacinarse con otras innumerables culturas, la voraz voluntad de conocer, si no a la pérdida del mito, a la pérdida de la patria mítica, del mítico regazo materno? (Nacimiento de la tragedia).

Contra el positivismo, que se detiene ante los fenómenos: "Solamente son hechos", yo diría: no, justo los hechos no existen, sino sólo interpretaciones. Nosotros no podemos constatar ningún acto "en sí"; es quizás una absurdidad querer algo parecido. "Todo es subjetivo", dicen ustedes; pero ya ésta es una interpretación, el sujeto no es nada dado, es solo algo agregado con la imaginación, algo después pegado. ¿En fin es necesario poner todavía al intérprete detrás de la interpretación? Ya esto es invención, hipótesis. (Fragmentos póstumos).

Un día el transeúnte tiró la puerta tras de sí, se paró y lloró. Luego dijo: "¡Esta inclinación, este impulso hacia lo verdadero y lo real, lo no evidente, lo cierto, me da rabia! ¿Por qué este batidor hosco e impetuoso me sigue justo a mí?" (La gaya ciencia).

LA PRESUNCIÓN MODERNA

Me ha parecido tener que distinguir dos tendencias fundamentales. En el momento presente, nuestras escuelas están dominadas por dos corrientes aparentemente contrarias, pero igualmente ruinosas en su acción, y en definitiva confluentes en sus resultados: de un lado, el impulso a ampliar y a difundir cuanto más posible la cultura, y por otro lado, el impulso a restringir y debilitar la cultura misma. Por diferentes razones, la cultura tiene que ser extendida al más vasto círculo posible: he aquí lo que solicita la primera tendencia. La segunda exige en cambio de la cultura misma que ella abandone sus más altas, más nobles y más sublimes pretensiones, y se ponga al servicio de alguna forma de vida, por ejemplo del Estado. Creo haber notado de dónde proviene con mayor claridad la exhortación a extender y a difundir cuanto sea posible la cultura. Esta extensión torna a los dogmas preferidos de la economía política de esta época nuestra. Conocimiento y cultura en la máxima cantidad posible - producción y necesidades en la máxima cantidad posible - felicidad en la máxima cantidad posible: esa es más o menos la fórmula. En este caso nosotros encontramos que el fin último de la cultura está constituido por la utilidad, o más precisamente por la ganancia, por un lucro en dinero que sea el más grande posible. Con base a esta tendencia, la cultura tendría que ser definida más o menos como la habilidad con que nos mantenemos "a la altura de nuestro tiempo", con la que se conocen todas las vías que hagan enriquecer del modo más fácil, con el que se dominan todos los medios útiles al comercio entre hombres y entre pueblos. El verdadero problema de la cultura consistiría por tanto en el educar a hombres cuanto más posible "corrientes", en el sentido en que se llama "corriente" una moneda. (Sobre el porvenir de nuestras instituciones educativas).

Ahora hemos llegado al punto que en todas las cuestiones generales de naturaleza seria - y sobre todo en los máximos problemas filosóficos - el hombre de ciencia, como tal, ya no puede tomar la palabra. Por el contrario aquel pegajoso tejido conectivo, que se ha introducido hoy entre las ciencias o sea el periodismo, cree que esta tarea sea de su incumbencia, y lo cumple en fin conforme a su naturaleza, o sea - como dice su nombre - tratándolo como un trabajo del día. En el periodismo, en efecto, confluyen juntas las dos tendencias: aquí se ofrecen la mano la extensión de la cultura y la reducción de la cultura. El periódico se presenta hasta en lugar de la cultura, y quienquiera cultive aún pretensiones culturales, también como estudioso, se apoya habitualmente en aquel pegajoso tejido conectivo, que establece las articulaciones entre todas las formas de la vida, todas las clases, todos los artes, todas las ciencias, y que es sólido y resistente como suele serlo el papel de periódico. En el periódico culmina la verdadera dirección cultural de nuestra época, del mismo

modo que el periodista - esclavo del momento presente - ha venido a reemplazar el gran genio, la guía para todas las épocas, aquel que libera del momento presente. (Sobre el porvenir de nuestras instituciones educativas).

La pobreza espiritual de los docentes de nuestra época: justo en este campo faltan los talentos realmente inventivos, faltan los hombres realmente prácticos o sea los que tengan ideas nuevas buenas, y sepan que la verdadera genialidad y la verdadera práctica tienen que necesariamente encontrarse en el mismo individuo. A los prácticos prosaicos, por el contrario, justo les faltan ideas, y por tanto ellos también carecen de una verdadera práctica. Sólo hay que tomar contacto con la literatura pedagógica de nuestra época: hace falta ser completamente corruptos, para no asustarse - cuando se estudia tal argumento - de la suprema pobreza espiritual, y de esta rueda de veras desgraciada. En nuestro caso, la filosofía tiene que comenzar, no ya de la maravilla, sino del horror. Quien no es capaz de suscitar el horror, se le ruega que deje en paz las cuestiones pedagógicas. (Nacimiento de la tragedia).

TOMAR ACTO: NO EXISTE YA TIERRA ALGUNA

Del consentimiento a la resignación, de la obediencia a la sumisión

Un tiempo hemos estado tan cercanos en la vida que nada más podía constituir un obstáculo para nuestra unión amical y fraterna, y solamente un pequeño puentecillo todavía estaba entre nosotros. Justo mientras te aprestabas a cruzarlo, te pregunté: "¿Puedes venir a mí de este lado del puentecillo?". Pero he aquí que te pasó la gana: y cuando volví a rogarte, quedaste en silencio. Desde entonces han sido echadas entre nosotros montañas y ríos caudalosos y todo lo que divide y hace extraños, y si aun quisiéramos ir el uno al otro, ¡ya no podríamos! (La gaya ciencia).

Si quieren conducir a un joven sobre la vía recta de la cultura, estén atentos a no turbar su actitud ingenua, llena de confianza hacia la naturaleza: se trata casi de una inmediata relación personal. A él tendrán que hablar, en sus diferentes lenguas, la selva y la roca, la tempestad, el buitro, la sola flor, la mariposa, el prado, los acantilados de la montaña; él deberá en cierto modo reconocerse en todo eso, en estas imágenes y en estos reflejos, dispersos e innumerables, en este tumulto variopinto de apariencias cambiables: sentirá entonces inconscientemente, por el gran símbolo de la naturaleza, la unidad metafísica de todas las cosas, y al mismo tiempo se calmará, inspirado por la

eterna permanencia y necesidad de la naturaleza. ¿Pero cuántos son los jóvenes a los cuales puede ser concedido crecer así cerca de la naturaleza, en una relación casi personal con ella? Los demás tienen que aprender a tiempo otra verdad, o sea cómo se puede subyugar a la naturaleza. Aquí se deja de lado aquella ingenua metafísica: la fisiología de las plantas y de los animales, la geología, la química inorgánica obligan a los alumnos a considerar la naturaleza en un modo totalmente diferente. Lo que se ha perdido, por esta consideración nueva impuesta, no es seguro una fantasmagoría poética, sino la comprensión instintiva, verdadera e incomparable de la naturaleza: en su lugar ahora ha intervenido una actitud prudente, calculadora, que trata de engatusar a la naturaleza. Así, a quien es realmente culto es concedido el bien inestimable de poder quedar fiel, sin alguna transgresión, a los instintos contemplativos de la niñez, llegando de tal modo a una tranquilidad, a una unidad, a una coherencia y a una armonía de la que un hombre educado a la lucha por la vida no podrá tener ni siquiera el presentimiento. (Nacimiento de la tragedia).

Yo vivo aún, yo pienso todavía: yo tengo que vivir porque tengo que pensar todavía. *Sum, ergo cogito: cogito, ergo sum.* Hoy cada uno se permite expresar su augurio y su más querido pensamiento: ahora bien, quiero también decir qué cosa hoy me he augurado yo solo y qué pensamiento este año, por primera vez, se me ha ocurrido - qué pensamiento tiene que ser para mí fundamento, garantía, dulzura de toda la vida futura. Quiero siempre aprender más a ver lo necesario en las cosas como si fuera aquello que existe de bonito en ellos - así seré uno de aquéllos que hacen bonitas las cosas. *Amor fati*: ¡sea éste de ahora en adelante mi amor! No quiero hacer guerra contra lo feo. No quiero acusar, no quiero tampoco acusar a los acusadores. ¡Mirar a otro lugar sea mi única negación!

Y, en fin: ¡antes o después quiero ser solamente uno que dice sí! (La gaya ciencia).

¡Hemos dejado la tierra y nos hemos embarcado en la nave! Hemos cortado los puentes a nuestras espaldas - y no es todo: hemos cortado la tierra detrás de nosotros. ¡Ahora bien, navecita! ¡Mira adelante! A tus costados está el océano: es real, no muge siempre, a veces su extensión es como seda y oro y fantástica visión de bondad. Pero vendrán momentos en que sabrá que es infinito y que no hay nada más espantoso que el infinito. O, aquel pobre pájaro que se ha sentido libre y ¡choca ahora en las paredes de esta jaula! ¡Ay de nosotros si nos coge la nostalgia de la tierra, como si allá hubiera habido más libertad - y no existe ya tierra alguna! (La gaya ciencia).

Alguna vez se trataba de llegar al sentimiento de la soberanía del hombre, indicando su origen divina: esto ahora se ha vuelto una excusa, ya que a su puerta está el mono, junto a otros horribles

animales, y rechina inteligente los dientes como para decir: ¡no más allá en esta dirección! Así ahora se intenta en dirección opuesta: la vía hacia la que va la humanidad tiene que servir para mostrar su soberanía y su afinidad con Dios. ¡Ay de mí, así no se llega tampoco a nada! Al final de esta vía está la urna funeraria, el último hombre del último sepulturero... Por cuanto alto pueda resultar el desarrollo de la humanidad... no hay para ella ningún traspaso en un orden más elevado, como no podrían la hormiga y el gusano auricular elevarse, al final de su "carrera terrestre", a la afinidad con Dios y a la eternidad. El futuro se arrastra tras el haber estado: ¿por qué en esta eterna comedia debería haber una excepción para cualquier pequeño astro, y aun una pequeña especie viviente sobre ellos? ¡Basta con estos sentimentalismos! (Aurora).

Inocencia es el niño y olvido, un nuevo principio, un juego, una rueda rodando sola, un primer movimiento, un sagrado decir que sí. Sí, por el juego de la creación, hermanos, hace falta un sagrado decir que sí: ahora el espíritu quiere su voluntad. (Así habló Zarathustra).

EL SUPERHOMBRE: UN PERFECTO ADAPTARSE AL MUNDO

El genio... tiene, por decir así, únicamente un origen metafísico, una patria metafísica. Pero su aparecer, su emerger de un pueblo, el hecho de que él casi representa la imagen reflejada, el oscuro juego cromático de todas las fuerzas peculiares de este pueblo, el hecho de que él revele la destinación suprema de un pueblo a través de la naturaleza simbólica de un individuo y a través de una obra eterna, relacionando así su propio pueblo a la eternidad, y liberándolo de la esfera cambiante de lo que es momentáneo, todo eso el genio sólo puede hacerlo cuando sea maduro y nutrido en el regazo materno de la cultura de un pueblo. Sin esta patria, que pueda defenderlo y calentarlo, él no logrará en cambio desplegar las alas para su vuelo eterno, y tristemente tendrá que ir a tiempo - como un extranjero empujado a una soledad invernal - lejos de aquella patria inhospitalaria. (Nacimiento de la tragedia).

El hombre es un cable tenso entre la bestia y el superhombre - un cable por encima de un abismo... La grandeza del hombre es ser un puente y no un objetivo: en el hombre se puede amar que él sea una transición y un ocaso. Yo amo a los que no saben vivir si no desmoronándose, ya que ellos son una transición. Yo amo a los hombres del gran desprecio, porque ellos también son los hombres de la gran veneración (con respecto a la tierra) y flechas que anhelan la otra ribera. (Así habló Zarathustra).

El superhombre es el sentido de la tierra. Diga su voluntad: ¡sea el superhombre el sentido de la tierra! ¡Les ruego, hermanos, sean fieles a la tierra y no crean en aquellos que les hablan de celestiales esperanzas! Lo sepan o no: éstos son los envenenadores. Los despreciadores de la vida, moribundos y envenenados ellos mismos, han cansado a la tierra: ¡puedan desaparecer! (Así habló Zaratustra).

(Y) yo les enseño al superhombre. El hombre es algo que tiene que ser superado. ¿Qué han hecho para superarlo? Todos los seres han creado algo por encima de sí mismos: y ¿quieren ustedes ser el reflujó en esta gran marea y degradar a la bestia antes que superar al hombre? ¿Qué es el mono para el hombre? Una sonrisa sarcástica o una vergüenza dolorosa. Y eso precisamente tiene que ser el hombre para el superhombre: una sonrisa sarcástica o una dolorosa vergüenza. (Así habló Zaratustra).

¿Cómo? ¿El último objetivo de la ciencia sería proporcionarle al hombre cuanto más placer posible y el menor posible disgusto? Y ¿cómo, si placer y disgusto estuvieran talmente anudados con un lazo, que quién quiere tener lo más posible del uno, tiene que tener también lo más posible del otro - y quien quiere aprender "el alto gozo celeste", tiene que estar listo para "estar triste hasta la muerte?" (La gaya ciencia).

¿Y saben también qué cosa es para mí el mundo? ¿Se los debo mostrar en mi espejo? Este mi mundo dionisíaco del perpetuo crearse a sí mismo, del perpetuo destruirse a sí mismo, este mundo de misterio con doble voluntad, este mi más allá del bien y del mal, sin objetivo, si no hay un objetivo en la felicidad del círculo, sin voluntad, si un anillo no tiene voluntad hacia sí mismo - ¿quieren un nombre para este mundo? ¿Una solución para todos los enigmas? ¿Una luz también para ustedes, los más ocultos entre los hombres, los más fuertes, los más impávidos, los más nocturnos? Este mundo es la voluntad de potencia - y ¡nada más! Y también ustedes mismos son esta voluntad de potencia - y ¡nada más! (Fragmentos póstumos)

SIN OBJETIVO: EL ETERNO RETORNO

Para vivir, para combatir su lucha por la existencia, el hombre tiene que aprender muchísimo, pero todo lo que aprende respecto a este objetivo y hace como individuo no tiene nada que ver con la cultura. Ésta al contrario empieza solamente a un nivel, que está situado mucho más en alto que

aquel mundo de las necesidades, de la lucha por la existencia, de la miseria. El problema ahora consiste en ver en qué medida el hombre valora la misma existencia subjetiva frente a la de los otros, en qué medida él consume sus propias fuerzas por aquella lucha individual de la vida. Muchos, limitando históricamente sus necesidades, se elevarán muy pronto y fácilmente en una esfera donde podrán olvidar la propia subjetividad, sacudiéndosela por así decir de encima, de modo de gozar de una eterna juventud en un sistema solar de intereses extraños al tiempo y a la propia persona. En cambio otros extienden tan ampliamente la acción y las necesidades de la propia subjetividad, identifican en proporciones tan asombrosas el mausoleo de tal subjetividad, que se dirían capaces de superar en batalla a su terrible adversario, el tiempo. También en este impulso se revela un deseo de inmortalidad: riqueza y potencia, prudencia, presencia de espíritu, elocuencia, una creciente reputación, un nombre importante, todo eso únicamente constituye el medio con que la insaciable voluntad personal de vivir tiende a una nueva vida, con la cual es decir anhela una eternidad, en definitiva ilusoria. (Sobre el porvenir de nuestras instituciones educativas).

Si saben que no existen objetivos, también saben que no existe la casualidad: porque solamente junto a un mundo de objetivos la palabra "casualidad" tiene un sentido. Evitemos decir que "muerte" sería aquello que se contrapone a la "vida". Lo viviente es solamente una variedad de lo inanimado y una variedad bastante rara. Evitemos pensar que el mundo crea eternamente algo nuevo. No existen sustancias eternamente duraderas: la materia es un error... Pero ¡cuándo acabaremos de estar circunspectos y en guardia! ¡Cuándo será que todas estas sombras de Dios ya no nos ofuscarán? ¡Cuando habremos completamente desdivinizado la naturaleza! ¡Cuando podremos iniciar a naturalizar a los hombres, junto a la naturaleza pura, de nuevo hallada, de nuevo rescatada! (La gaya ciencia).

Nadie le da al hombre - ni Dios, ni la sociedad, ni sus padres, ni él mismo - sus propias características... Nadie es responsable de su existencia, de su ser constituido en este o en aquel modo, de encontrarse en aquella situación y en aquel ambiente. La fatalidad de su naturaleza no puede ser aclarada por la fatalidad de todo lo que fue y que será. Él no es la consecuencia de un propósito personal, de una voluntad, de un objetivo... hemos sido nosotros quien inventamos el concepto de "objetivo": en la realidad el objetivo está ausente... Si es necesario, si es un fragmento de hecho, si pertenece al todo, si está en el todo... Pero ¡fuera del todo no hay nada! -... Todo eso es solamente la gran liberación - con eso solamente restablecida de nuevo la inocencia del futuro. (Crepúsculo de los dioses).

Esta vida tal como la has vivido hoy y tal como la has vivido ayer, tendrás que vivirla una vez más e innumerables veces, y no habrá nada nuevo en ella, nada, si no cada uno de tus dolores y cada uno de tus placeres, todos tus pensamientos y todos tus lamentos y todo aquello que hay de indeciblemente grande y de pequeño en tu existencia, todo eso volverá para ti y el todo en el mismo orden, en la misma sucesión - sí, aquella telaraña del mismo modo, y luego este claro de luna que atraviesa los árboles, este instante y también mí mismo. El eterno reloj de arena de la existencia no deja de ser volteado, siempre de nuevo - y tú con él, tú, grano de polvo en el polvo. (La gaya ciencia).

**DIOS HA MUERTO:
NO HUBO NUNCA ACCIÓN MÁS GRANDE**

¿No estamos vagando quizás como por una nada infinita? ¿No tiene edad en nosotros el espacio vacío? ¿No se ha hecho más frío? ¿No sigue a hacerse noche, cada vez más noche? ¿No tenemos que encender faroles en la mañana? ¿Del estrépito que hacen los sepultureros mientras entierran a Dios, no oímos nada aún? ¿No olfateamos todavía el hedor de la putrefacción divina? ¡También los dioses se pudren! ¡Dios ha muerto! ¡Dios queda muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado! ¿Cómo nos consolaremos nosotros, los asesinos entre los asesinos? Cuanto de más sagrado y de más poderoso el mundo poseía hasta hoy se ha desangrado bajo nuestros cuchillos - ¿quién lavará de nosotros esta sangre? ¿Con qué agua podremos purificarnos? ¿Qué ritos expiatorios, qué sagradas representaciones tendremos que inventar? ¿No es demasiado grande, para nosotros, la grandeza de esta acción? ¿No debemos también volvernos dioses, para parecer al menos dignos de ella? ¡No hubo nunca una acción más grande - y todos los que vendrán después de nosotros pertenecerán, en virtud de esta acción, a una historia más elevada de cuanto nunca hayan estado todas las historias hasta hoy! (La gaya ciencia).

Qué falta de nobleza jugar sin parar a ser el donador o el bienhechor... En cambio: ¡dar y llenar, teniendo cura de disimular el nombre y el don! Mejor: ¡ser sin nombre como la naturaleza en que aquello que nos reconforta es de no encontrar allí ni donadores ni bienhechores ni rostros llenos de benevolencia! Pero también se privan de este consuelo, habiendo puesto a Dios en esta naturaleza... Así todo está de nuevo bajo la señal de la dependencia y la obligación! ¿Es eso lo que quieren? ¿No estar nunca solos con ustedes mismos? ¿No estar jamás sin vigilancia, sin guardia, sin protección, sin presente? ...¿No estamos tentados a venderse al diablo, cuerpo y alma, para huir de esta impúdica presencia celeste, de la obligación de esta cercanía sobrenatural? (Aurora par. 464)

¡El hombre es... un animal venerante! Pero también es un animal desconfiado: y que el mundo no tenga aquel valor que hemos creído, está cerca de la realidad más segura de la cual al final nuestra desconfianza haya tomado posesión. ... No hemos precisamente con eso, incurrido en la sospecha de una oposición, una oposición entre el mundo en que hemos sido hasta hoy de casa con nuestras generaciones - por amor de los que, quizás, soportábamos vivir - y otro mundo, que nosotros mismos somos: en una sospecha implacable, radical, extrema acerca de nosotros mismos, que nos tiene a los europeos siempre más, siempre más duramente, en su poder, y que fácilmente podría poner a las generaciones próximas delante a un espantoso *aut aut*: "¿O borran a sus generaciones o bien a ustedes mismos?". Esta última cosa sería el nihilismo, ¿pero no sería también la primera - el nihilismo? Ésta es nuestra interrogante. (La gaya ciencia).

NECESIDAD DE INFINITO

Lamento de Ariadna

¿Quién me calienta, quién me ama todavía?
¡Den manos ardientes,
den braseros para el corazón!
Completamente postrada, horrorizada,
casi una moribunda a la que le calientan los pies,
azotada, ¡ay de mí!, por fiebres desconocidas,
temblorosa por helados dardos punzantes, glaciales,
¡perseguida por ti, pensamiento!
¡Innombrable! ¡Velado! ¡Horrendo!
¡Tú cazador tras las nubes!
Quemada por ti en la tierra,
¡ojo burlón que me miras
desde la obscuridad!
Heme aquí distendida,
me doblo, me debato, atormentada
por todas las torturas eternas,
golpeada por ti,
cruel cazador,

desconocido - dios...

¡Golpea más fuerte!

¡Golpea una vez más!

¡Traspasa, quebranta este corazón!

¿Para qué esta tortura con flechas sin puntas?

¿Por qué miras de nuevo

insatisfecho del tormento humano,

con malvados, divinos ojos brillantes?

No quieres matar,

¿sólo torturar, torturar?

¿Para qué - torturarme,

Oh tú maligno dios desconocido?

¡Ay! ¡Ay!

Te acercas furtivo

¿justo en esta medianoche?...

¿Qué quieres?

¡Habla!

¡Me aprietas, me oprimes,

ay! ¡Demasiado cerca!

Me escuchas respirar,

tu oído espía mi corazón,

Oh celoso - pero ¿celoso de qué?

¡Fuera, Fuera!

¿Para qué la escalera?

¿Quieres subir

hasta dentro, en el corazón,

subir a mis más ocultos pensamientos?

¡Desvergonzado! ¡Desconocido! ¡Ladrón!

¿Qué esperas robar?

¿Qué esperas descubrir espionando?

Qué esperas sacar,

¡verdugo!

¡Tú - dios verdugo!

¿O bien debo, como el perro,

delante de ti revolcarme?

¿Devota, secuestrada fuera de mí

meneando la cola - amor?

¡Es inútil!

¡Traspasa aún, espina cruel!

No soy un perro - soy sólo tu presa,

¡Cruel cazador! la más magnífica prisionera tuya,

tú secuestrador tras las nubes...

¡Habla por fin!

¡Tú velado por el rayo!

¡Desconocido! ¡Habla!

¿Qué quieres, depredador, de - mí?...

¿Cómo?

¿Precio de rescate?

¿Cuánto quieres por rescatarme?

Pides mucho - aconseja mi orgullo,

y habla poco - ¡aconseja mi otro orgullo!

¡Ay! ¡ay!

¿Me - quieres? ¿A mí?

¿A mí - toda?...

¡Ay! ¡ay!

¿Y me torturas, loco que eres,

martirizas mi orgullo?

¿Dame amor - quién me calienta aún?

¿Quién me ama aún?

Dame manos ardientes,

dame braseros para el corazón,

dame a mí, la más solitaria,

¡cuyo hielo, ay! siete capas de hielo
enseñan a codiciar enemigos,
hasta enemigos,
dame - tú,
enemigo cruel,
más bien ¡ríndete a mí!...
¡Se fue!
He aquí también él huyó,
mi único compañero,
mi gran enemigo,
mi desconocido,
¡mi dios verdugo!...
¡No!
¡Vuelve atrás!

¡Con todas tus torturas! Todas mis lágrimas
corren a ti
y la última llama de mi corazón
se enciende por ti.
¡Oh, vuelve atrás, mi dios desconocido!
¡Mi dolor!
¡Mi última felicidad!...

(Ditirambos de Dionisos)

C. FORNASIERI. Giorgio Pressburger, de origen húngaro, viene de Trieste; es un gran dramaturgo, escritor, también director; un hombre de cultura intensa que ha encontrado esta figura en sus lecturas y por eso también lo hemos llamado para escuchar su experiencia humana. Costantino Esposito, filósofo de la Universidad de Bari, ha sido ya huésped del Centro Cultural de Milán, y, también siendo histórico de la filosofía, en particular ha tocado esta figura de Nietzsche, que nace en 1844 y muere justo en 1900, al inicio del siglo siguiente. Yo querría partir con una serie de preguntas y a lo mejor invertimos la secuencia: parto ahora de Esposito luego Pressburger y luego viceversa. ¿Según ustedes, de qué ha sido buscador Nietzsche? Hemos escuchado temas

variados en los que luego intentaremos entrar un poco. Hay una ansiedad de búsqueda. Hay también una cierta lealtad al examinar y también luego una gran rotura en su pensamiento, con la tradición. ¿Pero esta cosa que ha buscado cuál era, según ustedes?

COSTANTINO ESPOSITO. Lo diría en una palabra: Nietzsche ha tratado de conocer. Normalmente Nietzsche es presentado como el gran destructor de los valores morales, el que ha tratado de descomponer químicamente la gran ilusión del mundo, hecha de simulacros, de valores contruidos por ideologías y culturas, de las dos grandes ilusiones: aquella de Sócrates, aquella de Cristo, que para él, dramáticamente, son la misma cosa. Y por lo tanto ha tratado de derribar los viejos valores y transformarlos, construir nuevos valores, diciendo, de algún modo sugiriendo, qué deberíamos hacer con respecto a la pérdida de la evidencia del mundo. Pero ésta es sólo una consecuencia, según yo: antes aún hay otra indagación que Nietzsche hace, y es: ¿Qué cosa hay? ¿Y de qué naturaleza es lo que hay? De frente tiene lo que le parecía el gran ocaso de los sistemas del Ochocientos - el idealismo, el positivismo, el historicismo - que él amplifica hasta hacer precisamente el ocaso de una época entera, que va de Sócrates hasta Wagner y que él llama "*la gran decadence*". Todo decae: es posible olfatear - lo decía muy bien Branciaroli antes - la putrefacción de los dioses. Y frente a este atónito descubrimiento hace falta entender qué es efectivamente. Por eso la primera indagación de Nietzsche es como el percibir que él es indagado, que él es perseguido. Apenas lo hemos escuchado: «Un día el viandante tiró detrás de sí la puerta, se paró y lloró. Luego dijo: "Esta inclinación, este impulso hacia lo auténtico y lo real, lo no aparente, lo cierto, me dan rabia. ¿Por qué este batidor hosco e impetuoso me sigue justo a mí?» He aquí, diría que para hacerla breve, lo que Nietzsche indaga es la posibilidad de resolver este - como lo llama él - enigmático impulso a la verdad, y aquí está todo su dramatismo, toda su ambigüedad, toda su aporía, es decir una pregunta que no encuentra nunca solución. Hay de una parte el empeñarse obstinadamente a destruir, a desmontar las ilusiones de lo verdadero: y de la otra parte, al mismo tiempo, en el advertir enfadadamente, como un batidor, como un perro que muerde y que te persigue, este enigmático impulso a la verdad. En otro pasaje, cuando él, siempre en *Ecce Homo*, dice: «Yo he sido de algún modo el primero que ha descubierto la verdad, justo porque he sido el primero que he sentido la mentira como mentira. La he olfateado. Mi genio está en mis narices». He olfateado la mentira: está aquí según yo el punto crítico de su búsqueda, el punto agudo, que él se llevará hasta al final. El deseo de desenmascarar la mentira, llegando a decir: no existe la verdad, es todo una mentira. Pero puede decir no existe la verdad en virtud de lo que negaba, en virtud del sentimiento de este instinto enigmático que él usa incluso negándolo.

C. FORNASIERI. Gracias.

GIORGIO PRESSBURGER. ¿Qué indagaba Nietzsche? ¿Qué buscaba según yo? Antes de tratar de contestar muy brevemente a esta pregunta, querría sólo decir que Nietzsche ha sido el filósofo moderno que más que todos fue objeto de pésimas interpretaciones que han deformado sea su pensamiento sea su figura humana. Desafortunadamente también con la contribución - pero no sólo - de sus parientes más cercanos, su pensamiento ha sido falsificado, deliberadamente, con la falsificación de sus manuscritos, omitiendo textos, añadiendo otros textos que no ha escrito y luego afirmando que él en aquellas cosas que han resultado así creía firmemente. Desafortunadamente existen muchas fotografías y películas documentales de las visitas que Hitler hizo al archivo de Nietzsche en los años Treinta, porque el Nazismo se había apoderado de esta figura de pensador y hombre. Le han por ejemplo atribuido un fuerte antisemitismo, mientras él en tal caso era presa de una fuerte e incluso por eso levemente sospecha de filosemitismo. Y le han atribuido ciertas ideas sobre la sociedad humana que él no pensaba; le han atribuido amor por su Alemania que en cambio él negaba, incluso hasta rechazar la ciudadanía prusiana. Y así desafortunadamente nos ha llegado a través de las décadas que nos separan de su muerte una figura completamente falsificada y en poder de aquello que él justamente detestaba más sobre la tierra: la mentira. Por eso acceder a su pensamiento ha sido muy difícil, todavía lo es hoy. Y eso es en parte debido también a cómo escribía y también al estilo de sus libros más conocidos, como Así habló Zarathustra, que ha realmente señalado una época y que ha sido la Biblia de dos generaciones, quizás tres, de europeos, de alemanes completamente pervertidos por las falsas lecturas que han sido hechas de las obras de Nietzsche. Para contestar a la pregunta de qué cosa indagara, yo por ahora me limitaría a esta afirmación: él buscaba el hombre nuevo. La búsqueda del hombre nuevo y la afanosa tentativa de afirmarlo ha nacido como pensamiento propio hacia el final del Ochocientos sea en los círculos cercanos a Marx, sea, precisamente, en aquellos cerca de Wagner y otros. Y estas búsquedas eran de un lado unívocas - y eso ha resultado en las décadas por venir y eso se puede deducir también por decir de los escritos de los Cuadernos de la cárcel de Gramsci -. En esta tentativa estaba comprendida la convicción de que el hombre por él mismo, con sus propios medios, habría logrado crear un hombre nuevo. Pero cuando decimos hombre nuevo, no quiere decir solamente que pensara en un modo nuevo, que destruyera la sociedad que se ha construido a través de milenios sino un hombre que con sus fuerzas habría podido biológicamente transformarse a sí mismo, convertirse en otro ser. Y es por eso que, por ejemplo, una de las falsificaciones más feas que han sido hechas del pensamiento de Nietzsche, es decir aquella de interpretar la palabra *Übermensch* (es decir lo que luego se habría llamado Superhombre). Este Superhombre no significaba a mi parecer para

Nietzsche el hombre que tenía que dominar las masas, detestadas porque son todas bestias, no son seres humanos, el Superhombre como Hitler, etc., que habría tomado posesión del mundo y lo habría mejorado. No era de eso que hablaba, sino hablaba de otro tipo de hombre, diferente de lo que la sociedad prusiana, muy detestada por él, presentaba (el pequeño burgués más tacaño, más estrecho de horizontes, más reaccionario, más racista, etc. - no era racista, para nada). He aquí, esta mala interpretación luego se ha talmente abierto paso en el corazón y en la mente de la posteridad de hacer creer que él buscara eso: un hombre como Hitler u otras figuras parecidas. No, buscaba el hombre nuevo. Por ejemplo, hablaba de Gramsci para explicar cómo los materialistas estuvieran convencidos de que el hombre habría sido capaz de cruzar los propios límites biológicos y dar vida a un nuevo ser en que la solidaridad habría sido el imperativo máximo, no la dominación. Este pensamiento en fin ha llevado a acciones igualmente graves porque la búsqueda del hombre nuevo llevaba a creer que, para el logro de este último, sirvieran medios extremos, como, por ejemplo, la eliminación del hombre viejo; y es así que en Camboya por ejemplo han sido asesinadas un millón de personas, en otro lugar también más millones. El hombre nuevo, esta obsesión que ha entrado en escena al final del siglo XIX, luego ha puesto un marco terrible sobre toda la historia de la humanidad, de las diez décadas del Novecientos. Bien, por ahora, yo me limitaría a esto.

C. FORNASIERI: Gracias. Entrando un poco más en el tema señalado del hombre nuevo, o también del hecho de que todo es mentira, querría retomar esto que se ha escuchado en la lectura: la fractura entre la acción y la idea, que se pone luego entre Dionisio y Apolo, entre la acción profunda e instintiva y la idea. Este dualismo, que se advierte y que Nietzsche por ejemplo critica en la cultura teórica o en la ciencia, es índice de una robusta ilusión que corre sin parar hasta sus límites, donde el optimismo inherente en la esencia de la lógica naufraga. Parece escuchar un poco también a los no-límites que hoy la ciencia parece tener en cada campo. Esta separación que él siente y que tiende a reunir, esta modernidad que él ataca, les pido que la describan y que contesten a la siguiente pregunta, que parte de la afirmación nietzscheana: «Yo primero he descubierto la verdad». Este «yo primero», que es tan intachable y tan audaz, percibir así el término de todo un tiempo, (luego veremos con qué razones y trataremos de indagar la verdad o menos de esta intuición), esta fractura entre lo que se sabía y lo que se creía, este tragedia de la vida (que existía en el mundo griego e intentaba unirse en la tragedia encontrando un punto en el cual calmarse en el arte), ¿se calma, incluso quedando este drama evidente de la vida que tiene como dos trayectorias? ¿Qué decir de esta verdad que él ha descubierto? ¿Es todo mentira, en qué sentido estas dos cosas no van nunca juntas? Tengamos el orden porque así pueden también responder.

C. ESPOSITO: Retomo una cosa que decía antes: ¿por qué dice él «soy el primero que ha descubierto la verdad»?

Porque soy el primero que ha descubierto que la verdad es una mentira y por lo tanto que lo que se creía la verdad, es en realidad una construcción vacía; pero eso pasa en el primero y, según yo, estrepitoso Nietzsche, que es El nacimiento de la tragedia, a través de un tema que luego también será heredado en el Novecientos, es decir el nexo entre la vida y las formas. Porque los valores en cuanto los valores de verdad, lo alto y lo bajo, lo espiritual y lo material, el bien y el mal, y los primeros son siempre de preferirse con respecto a los segundos, ¿no? Estas grandes ficciones de verdad han cubierto la sangre de la vida, el mercurio vivo que es la vida y que los griegos habían padecido. He aquí, Nietzsche quiere ser más griego que los griegos, quiere también padecer la ebriedad del ser, que no es simplemente la orgía de la danza y la pérdida de la conciencia sino la pérdida de la individualidad. He aquí, al inicio para Nietzsche la vida magmática, la vida que pide expresarse, pero que expresándose lleva a la muerte, de aquí precisamente la cifra trágica del mundo griego, es una vida en que se pierde la propia individualidad; por lo cual el espíritu de Apolo contra el espíritu dionisiaco es el espíritu que lleva la medida, es el espíritu que a través de los dioses olímpicos intenta doblegar el caos en la forma. Pero eso ha podido ser experimentado por el hombre griego solamente con Esquilo y con Sófocles. Cuando ya Eurípides comienza, cuando es decir llega la sombra larga de Sócrates que identifica al héroe con el virtuoso, con el bueno, y por lo tanto ahoga en la virtud moral la agnición de la tragedia de la vida, es decir el padecer el dolor de la insignificancia, se pierde en aquel momento la vida bajo la verdad ilusoria del valor moral. A un cierto punto Nietzsche ha tenido la gran ilusión de que Wagner pudiera ser en el mundo de la decadencia burguesa aquello que Esquilo y Sófocles habían sido para el hombre griego, es decir aquel que pudiera hacer renacer de la música el espíritu de la tragedia. La tragedia es decir, repito, el hecho de que se pueda padecer el gran desafío del ser, es decir que la naturaleza no tiene un significado claro, no tiene un sentido claro, pero que la naturaleza tuviera que ser padecida siempre por el hombre, y que el hombre para poder soportar esta gran condena de la naturaleza que es el dolor, es la pérdida de sí, para sólo ser naturaleza, para advertir el ritmo de la naturaleza tiene que necesariamente perderse a sí mismo, para poder soportar este dolor encuentra la ayuda del arte. Y por lo tanto la tragedia es la unión de lo dionisiaco y lo apolíneo, juntos sin poder separar nunca las dos cosas. Es como, dice con una bonita imagen, es como rosas que florecen en una zarza llena de espinas, éste es el arte de la tragedia griega. A un cierto punto él ha tenido la ilusión, que será luego para él una ardiente desilusión, que Wagner en Bayreuth sobre todo y por lo tanto en la formación de una nueva dramaturgia alemana, pudiera reponer la vida a la forma, pudiera revivir un arte en que los hombres pudieran de nuevo tener, lo digo a la lombarda, una cognición del dolor. Y dentro

de esta cognición del dolor mantener abierta en el arte la sangre de la vida, pero ay de mí, también Wagner lo decepciona, porque también Wagner vuelve al cristianismo, aunque en forma pagana. También él quiere hacer una nueva mitología de la salvación, de lo espiritual.

C. FORNASIERI: Luego regresamos al cristianismo.

C. ESPOSITO: De lo alto respecto a lo bajo. Desde este punto de vista entonces toda la ambigüedad de la verdad es está: que la verdad se ha mostrado como algo que cubría la vida en vez de explicarla, y entonces se necesita en cualquier modo ante todo advertir que allí algo no está bien, advertir el olor de la mentira, pero al mismo tiempo tratar de meter en círculo la vida, para que la vida no pueda simplemente desenmascarar la mentira, sino pueda dar posibilidad de ser nuevamente vivida con conocimiento. Por lo tanto este gran desafío que él toma para sí mismo: sufrir como los griegos, padecer el dolor de la vida, es decir el hecho de que no hay sentido que se pueda afirmar sin perderse a sí mismo. Bueno, ésta es la tragedia para Nietzsche: que cada vez que los hombres dicen cuál es el sentido de la vida, puedan decirlo al precio de sí mismos, renunciando a sí mismos, porque diciendo cuál es el sentido es como si se perdiera la vida. Y entonces ¿cómo es posible estar en la vida, padecer este dolor, y al mismo tiempo no renunciar a la verdad?

C. FORNASIERI: No falta claridad a nuestro Esposito.

G. PRESSBURGER: Es justo la contradicción, para mí, de este pensador, que además ha pagado con su locura su compromiso en pensar. Ahora él dice: «yo primero he descubierto la verdad», éste ya es un enfoque de por sí totalmente equivocado según yo, porque él pone como descubridor de la verdad justo lo que querría superar, es decir el individuo. Él quería diluir este individuo en la humanidad, es decir en el espíritu de la humanidad. En cambio, cuando uno dice: «Yo primero he descubierto la verdad», empieza a resonar justo el ritmo del yo, y eso lo ha perdido porque quien establece su enfoque al pensamiento, a la filosofía, al sentimiento de la humanidad de este modo ya está perdido desde el principio. Querría proponerles una leyenda del siglo XVI: la leyenda del Golem. No sé si conocen esta leyenda: estamos en la Praga del mil quinientos, en que un famoso rabino, Levi, para defender a la comunidad de los judíos de Praga, frente a los abusos y los maltratos crea de un fante enorme de arcilla un siervo que vaya a defender este pueblo oprimido contra quien quiera hacerle del mal. Hasta que a un cierto punto este fante despertado a la vida empieza a destruir indiscriminadamente todo. ¿Cómo este rabino logra hacer vivir aquella construcción de arcilla? Metiéndole en la frente, en un agujero, un trozo de papel en el que está

escrito una palabra: *Emet*, verdad. Entonces la verdad no es lo contrario de la vida, existía en la filosofía de Nietzsche el terror de que esta eterna verdad, perseguida precisamente con rigor amoral, con la fe incondicional, esta verdad pudiera oprimir la vida. La verdad no oprime la vida sino la da, y es el instrumento indispensable para que exista la vida. Y esto ciertos pensadores, también por ejemplo los judíos, lo habían entendido muy bien; para él en cambio el pensamiento de trascender al individuo cuando este individuo, esta exaltación del individuo correspondía a la construcción del perfecto oficial prusiano, del perfecto burócrata prusiano, tan magníficamente descrito por un escritor propio de los últimos años del Ochocientos, que se llamaba Theodor Fontane, especialmente en una novela que se llama *Effi Briest*, donde una pobre muchacha viene casada con un oficial prusiano que buscará luego de darle miedo con los fantasmas de un chino que vaga en el desván, con tal de encadenarla a él. He aquí, este individuo él lo detestaba y justamente, pero en aquella vía que él ha propuesto, es decir eso del Dionisio, este dios al mismo tiempo destructor y creador, dios de la ebriedad y dios del juego y de la vitalidad, en cierto modo no podía encontrarlo. Parecía un gran homenaje a la civilización mediterránea, que aún en la época de Nietzsche existía plenamente en Italia, ya no en Grecia, donde hubo origen, he aquí aquella vía era impracticable porque en aquel terrible caos que se estaba preparando, la primera guerra mundial no estaba tan lejana, no podía ser aquella la salvación. ¿Pero cómo alcanzar entonces una posible salvación de la humanidad, aún en aquel momento no capaz de modificar su estructura biológica? Esta vía él no la ha encontrado. Y no la ha encontrado por la humanidad, y también ha causado un poco de sufrimiento este no haberla encontrado, pero veinte o treinta años después de él la han encontrado otros pensadores. Ahora quiero revelar los nombres: uno era un italiano, un muchacho de apenas veinte años, se llamaba Carlo Michelstaedter. Éste era de Gorizia que ha estudiado en Florencia, y que en su tesis de licenciatura de filología griega, prácticamente el único libro que ha escrito, tesis hoy llamada *La persuasión y la retórica*, ha dirigido una acusación y ha encontrado una solución para este hombre nuevo sin cambiar la biología. Si no lo conocen, yo recomendaría la lectura de este muchacho, se ha suicidado a los veintitrés años después de haber enviado por correo su tesis de licenciatura de Gorizia a Florencia. Entonces Gorizia era Austria, Florencia Italia. Aquella misma tarde, por una serie de motivos que han tanto interrogado pero que es difícil saber, se ha suicidado, se ha disparado en el desván que tenía en Gorizia. Y ésta es una vía en que él dice que en cada instante de la propia vida hace falta eliminar cualquier forma de mentira y ser persuadidos de querer vivir exclusivamente la propia vida, sin malos modelos, y eso podía querer también decir ayudar a los otros.

Y la otra respuesta viene de un gran pensador, muerto en cambio bastante recientemente, pero que ya en los años treinta era muy laborioso, alumno de Husserl, y que se llamaba Emmanuel Levinas, del que quizás hayan sentido hablar, he leído que también ha estado aquí.

C. FORNASIERI: Sí, ha sido en el Centro Cultural en los años Ochenta, cuando la sede estaba en corso Matteotti.

G. PRESSBURGER: Para él existía la solución de superar al individuo, aquel individuo del que hemos hablado antes. ¿Y cuál es la meta de este pasaje? En el reconocimiento y en la plena, dolorosa, trágica toma de conciencia de la existencia del otro, del otro. No existo sólo yo pero a mi mirada ha aparecido en el horizonte un rostro del que no sé nada, no logro tampoco leer los rasgos, pero del que tengo que ser responsable como de mí mismo. Ahora me detengo aquí.

C. FORNASIERI: Continuamos sobre esto. Quería hacer una pregunta sobre el cristianismo. Nietzsche parece hacer como un salto con pértiga sobre casi toda la época cristiana y volver al mundo antiguo, pero al mismo tiempo él dice que el cristianismo no ha amado la apariencia, aquella parte de la realidad que es luego la que se presenta. ¿Cómo ha sido posible, era así impracticable el hecho cristiano? En un célebre libro suyo, padre De Lubac, un francés del siglo Veinte, decía que el más grande desafío que viene al cristianismo ha venido de Nietzsche; mientras tanto nosotros acabaremos con Peguy que decía «los griegos no han tenido los dioses que se merecían», vale decir encuentra de nuevo esta novedad, esta fuente nueva de la cual beber, el convertido socialista Peguy de Francia del final del Ochocientos. ¿Le ha ocurrido algo a este congenio - como lo llama Peguy - del cristianismo que ha unido lo temporal, precisamente la acción, la vida con el espíritu, con el corazón, con las cosas más profundas, con la verdad? Como Pressburger hablaba, este entretrejerse de fe y verdad tan indispensable para que exista la vida.

C. ESPOSITO: Nietzsche era nieto e hijo de dos pastores protestantes, y por lo tanto él estaba sumergido totalmente como clima espiritual, educativo, de valores dentro de esto. Y para mí Nietzsche retoma en su violentísima, a veces absolutamente encarnizada y casi obsesiva, polémica anticristiana, cuando dice que «el Dios cristiano es el peor Dios que se pueda imaginar», porque es un Dios que contradice la vida, porque es un Dios totalmente identificado con las leyes morales. Sin embargo en los Fragmentos Póstumos, el mismo Nietzsche volverá sobre su celeberrima sentencia «Dios ha muerto», diciendo «a ser muerto es el Dios de Kant», es el Dios moral, es decir el Dios cristiano identificado precisamente con la moral burguesa. Desde este punto de vista es interesante,

porque Nietzsche comparte en negativo lo que su padre y su abuelo habrían dicho literalmente en positivo, y es decir que todo el núcleo del anuncio también dogmático cristiano, está todo desequilibrado sobre cómo - lo digo de manera muy cruda, justo para entendernos - nos tenemos que comportar, sobre cuál es la actitud moral para el hombre que tenga que tender a la virtud. Pero Nietzsche comparte con la teología de sus padres también biológicamente, de su padre y su abuelo, este fuerte debilitamiento del aspecto ontológico y cognoscitivo del cristianismo, es decir la figura misma de Cristo no está en los ojos de Nietzsche en negativo y de la cultura teológica y protestante en que él se encuentra viviendo, ya no es interesante como una novedad en el ser del mundo y del hombre, sino como una nueva propuesta de virtud moral, y por lo tanto es el Dios de la fe, no el dios del Ser, es el ser que es jugado completamente en el sentimiento moral, solamente que para su abuelo y su padre precisamente estaba aquí la positividad de la religión cristiana, para el iconoclasta Nietzsche es justo aquel el punto en que se muestra toda la insostenibilidad. Querría todavía decir una cosa, porque me ha conmovido mucho la cuestión del hombre nuevo que Pressburger decía: ciertamente Nietzsche ha querido crear esta nueva humanidad y desde este punto de vista hay como un pathos del *novum* que debe ser reconocido de algún modo como mérito suyo. Cuando empieza la tragedia, esta vez no dionisiaca sino nietzscheana, cuando él elige, y esto justo en sentido anticristiano, elige jugar la construcción de esta novedad como una contestación - precisamente el superhombre - del hombre como un dato. Está aquí según yo el punto realmente trágico y por lo tanto realmente interesante de Nietzsche, y por lo tanto también su gran ambigüedad, es decir esta novedad, es decir el repetir la verdad ya no como mentira, toma para él la pretensión de negar que el hombre pueda ser algo dado. El superhombre y la misma voluntad de potencia, y luego también la grande y difícilísima doctrina de la eterna vuelta del igual, en el fondo, si me permiten lo anodino, puede ser concentrado en esto: el hombre, el individuo que soy yo, los hombres ya no van pensados como algo dado sino como pura voluntad. El acto de la voluntad es la novedad de lo humano. ¿Pero eso qué quiere decir? Evidentemente nosotros no podemos querernos a nosotros mismos, en el sentido de que nos encontramos en el ser, nos encontramos aquí en el mundo. ¿Cómo podría un hombre quererse a sí mismo? Incluso Nietzsche es aún más radical: la verdadera liberación está no solamente en las comparaciones del presente y del futuro, allí se comprende el porqué lo hacemos depender del acto de la voluntad, pero también el pasado: eso es lo inaudito para él. ¿Cómo es posible que el hombre pueda haber querido el pasado y decir que lo que fue es lo que he querido que fuera? Solamente un nuevo dios podría ser así. ¿Pero metafísicamente qué es lo que está en juego? Está claro que ninguno de nosotros puede haber decidido lo que eran su padre y su madre, su pasado, se encuentra dentro, pero el desafío metafísico es éste, que debemos pensar nosotros mismos no como algo que sea dado porque si nosotros pensamos en nosotros mismos como dados

implicamos necesariamente algo que nos dé, que nos da, y por lo tanto nos implicamos como relación de procedencia. En cambio la voluntad de potencia es este pensamiento experimental, esta ficción de la mente humana para pensar el yo, el individuo, el hombre no como el hombre que es, sino como el hombre que quiere ser, es decir un hombre que no tiene ya ni una procedencia ni un objetivo, por lo tanto es suspendido al puro acto de la voluntad que quiere él mismo y, como hemos sentido precisamente leer antes, la voluntad de potencia no es solamente la voluntad del hombre individual, tanto menos aquel que la hermana Elisabeth ha permitido que los nazis pudieran decir, es decir el superhombre biologista, vitalista, por cuanto - doctor Pressburger - es verdad que también en Nietzsche existe la moral de los señores contra los esclavos; en todo caso no es solamente aquello sino es la idea de que el hombre no dependa de nada que lo dé. Según yo la relación y la dialéctica con el cristianismo tienen aquí el punto más candente.

C. FORNASIERI: sé personalmente que Pressburger ha entrado hace unos años a la comunidad hebrea de Trieste, por lo cual en mi pregunta deseo tener dentro también la tradición hebrea.

G. PRESSBURGER: la relación con el cristianismo de Nietzsche es una relación para mí muy mal interpretada generalmente, porque Nietzsche escribe y habla de modo violento contra el cristianismo, tal como han sentido, pero hay una pequeña diferencia entre Nietzsche y, ponemos, uno como Giordano Bruno. ¿Y cuál es esta diferencia? Que dada la evolución de la sociedad a él no se le tuerce un cabello mientras a otros costaba la vida, por lo tanto no es un gran acto de coraje hacer esto, al menos no así grande como siempre, porque no se paga nada por esta declaración y por lo tanto viene con algo de retraso con respecto al riesgo que habría podido comportar, por lo tanto también viene atenuada un poco la carga. Es verdad, salvajemente y también según yo un poco repugnantemente, se lanza contra el cristianismo. ¿Pero qué es esto que yo personalmente pruebo con disgusto? Tal como quien grita en medio a la muchedumbre “miren que yo soy un creyente, miren que yo creo en Dios, miren que yo soy un buen cristiano”, así también es sospechoso quien grita sin ningún peligro “el cristianismo da asco, el Dios cristiano es el peor” y nadie le hace nada por eso. En ambas actitudes está contenido algo no verdadero, falso, es decir - hablábamos antes con el profesor - yo pienso que hablar de cosas tan graves como creer en Dios o no creer en Dios no se puede, de este modo así rumboso, porque se vacía por él mismo aquello que digo, se sospecha de eso. Hay un autor de aquellos años, o antes, que no ha nunca mínimamente nombrado esta cuestión en sus escritos, uno de los más grandes escritores de todos los tiempos, Kafka, sin embargo no ha hablado de otro que del tormento del hombre que se hace traspasar por agujas de una máquina que escribe sobre su piel el texto de la ley que lo condena, es decir el texto de la fe, porque la fe no es

solamente una gran excursión en el campo sino también un dolor terrible. Podemos saberlo sobre todo ahora que han sucedido las cosas que han sucedido no sólo hace cincuenta años sino también recientemente. De esto Kafka no habla nunca directamente porque de estas cosas tan profundas que conciernen a toda la visión del mundo y la vida del hombre y la posibilidad de relacionarse de un hombre con otro hombre y de eso es muy difícil hablar tronando y gritando y yo sobre esto también he escrito un libro que se llama Sobre la fe, y es esto que yo creo sobre este propósito. Yo no soy un enemigo de Nietzsche ni un admirador, pero esta parte de su filosofía es aquélla que menos me gusta, es decir el gritar.

C. FORNASIERI: concluimos con una última premisa, también porque hemos estado mucho tiempo juntos y ya es tarde. Quería también volver a la secuencia que Branciaroli nos ha propuesto que acababa con aquel lamento de Ariana. Hemos iniciado con una primera poesía de los escritos juveniles que nosotros hemos titulado para dar una secuencia «La condición humana». La última consideración del capítulo era «La necesidad de infinito». Ésta antes de los escritos juveniles, por lo tanto habla de que tenía veinticuatro años, escribía: «yo alzo solitario - ya esta idea de ser privados a veces de pueblo, privados de comunidad, privados de *societas* - las manos a ti. Allá arriba resplandece incidida la palabra al Dios desconocido» - hay quizás un eco de San Pablo, pero en todo caso la mención que se hace también en nuestro tiempo, «vivir como si Dios estuviera» Benedicto XVI recordaba, esta invitación a reconocer como un aspecto posible de la razón que está deseosa de unir, captar la unidad de la vida -; a esta presencia él dice en esta poesía «te quiero conocer, oh Desconocido». Y luego, después de toda la parábola que han descrito de tentativa, de vivir más allá como un cable tenso sobre el abismo, el viandante ha cerrado la puerta, se ha ido solo, en el hielo de la experiencia de la existencia, este grito final de Ariana:

« ¡Regresa, mi dios desconocido! ¡Mi dolor!». Ciertamente, bajo la apariencia de Ariana que queda aislada en la isla, en el mito, por lo tanto sin más relación con nadie, se esconde bajo esta añoranza: « ¡Regresa, dios desconocido! ¡Mi dolor! ¡Mi última felicidad! » - tema de la felicidad que era sentido como opresión, el hombre de hoy siente como un competidor o como alguien que no se ocupa de él. ¿Qué perfora este velo sutil - para citar otro autor como Rilke - que separa el yo del don, de lo dato? También según la experiencia de ustedes.

C. ESPOSITO: Yo tengo otra percepción del grito pero es interesante lo que Usted dice, el grito no puede ser nunca estentóreo, no puede ser nunca pretencioso. Según yo pero el drama de Nietzsche es que a cierto punto el grito se ha vuelto afónico, es decir es como si uno posara pero él no nos ha

dado hasta el final las cuentas, y ha sido exactamente cuando toda la vehemencia destructiva en que está quizás el mejor Nietzsche según yo, es cuando Nietzsche reconstruye que está el peor Nietzsche, es decir cuando - *incipit Zarathustra* - el descompuesto, si quieren, pero infalible presentimiento de lo verdadero a través de la mentira se convierte en la filosofía del mediodía, del cénit, cuando Zarathustra baja de la montaña, lleno de sabiduría, y quiere verter la miel de la nueva necesidad. ¿Qué ha sucedido? Ésta es la gran autotraición de Nietzsche, y también el motivo por el que en general no se comprende, porque Nietzsche generalmente también gusta a los muchachos porque es el campeón del rebeldismo libertador «Dios ha muerto», «filosofar con el martillo». También aquello es interesante, el martillo no es destructor para Nietzsche, sino es el diapasón, cuando se va frente a los grandes simulacros y se toca para escuchar como retumba la cavidad, que son vacíos pero no se destruye. ¿Qué ha sucedido? Ha sucedido que este gran libertador llega a ser el cantor de la más férrea necesidad, porque decir sí a la tierra quiere decir aceptar que todo lo que existe tiene valor simplemente porque existe, no tiene objetivo más grande de sí mismo, y también el otro hombre no es un hombre que tiende al infinito, al contrario, el otro hombre está para decir que es un hombre sin determinación, que está porque está y que por lo tanto hace falta aceptar algún modo nuevo, como Giordano Bruno también habría dicho, pagando a lo mejor otros precios, «la gran rueda del ser». Ya no hay sentido de la realidad, sea como significado, que como dirección, pero todo debe ser aceptado como absolutamente necesario, por lo tanto Nietzsche es el cantor del nuevo naturalismo, de aquello que no está ya abajo fórmulas nietzscheanas, digamos así, pero que es la gran ideología del post moderno, del hombre contemporáneo, es decir que últimamente el único, usemos aún esta palabra entre muchas comillas “sentido” es únicamente el hecho de que todo nace y vuelve a la naturaleza es éste el nuevo Dios, por eso sobresale, como dice el mismo Nietzsche, detrás de las escenas la gran figura de Spinoza, la eterna necesidad, lo divino es la necesidad de la naturaleza. Aquí según yo Nietzsche en algún modo se ha traicionado a sí mismo, en todo caso yo lo siento, visto que tú también me pedías mi participación, lo siento compañero también en la ambigüedad del grito antes que en la ratificación de la eterna necesidad.

G. PRESSBURGER: Yo sólo relato una cosa muy rápidamente, un episodio. Hace algunos días estaba en Ottawa en Canadá, de vuelta he ido al aeropuerto para volver fatigosamente, porque el viaje de regreso es por la noche, nos hemos puesto en fila delante del mostrador del check in, a cierto punto viene jadeante una señora con pantalones, rubia, de cierta edad, dice: “Háganse más allá, háganse más allá”. Digo: “¿Por qué debemos hacernos más allá?”. “Porque aquí deben entrar los del *business class*”. Entonces en serio se me ha ocurrido esta idea: ahora los que quieren hacer dinero son considerados *Über-Mensch* aquellos que en modo malvado han interpretado estas

palabras como los “hombres superiores”, en efecto nos han empujado a una parte y han entrado estos “pobres” financieros de tercer orden que habrían sido los hombres transformados en seres superiores, el dinero. Todo sumado yo pensaba que la ironía de la suerte ha querido que éstos fueran el súper hombre, es decir los que deciden nuestro destino y de los que nosotros somos los esclavos y esto obviamente no lo he aceptado y le he dicho a la señora “Mire que yo estoy indignado, ¡eh!”

C. FORNASIERI: Les agradezco. Hemos notado la actualidad sea en el involucrarse personalmente pero también en el trayecto: ciertamente está lejos como época el pensamiento de Nietzsche, pero ha informado y ha nutrido tantas consecuencias que todavía hoy vivimos. También apreciamos la claridad y la capacidad de valorizar tan contradictorio en esta figura. Continuamos este viaje, este camino con Dostoievski. Gracias a Franco Branciaroli por su participación y la cordialidad con la que participa en estos encuentros. Gracias y hasta luego.